

LA HUMILDAD DE DIOS

FRANÇOIS VARILLON

 **EDICIONES
CRISTIANDAD**

L'humilité de Dieu © Bayard Editions, 2017

Traducción del francés
Lázaro Sanz Velázquez

Diseño de portada
Macarena Kindelán

© Derechos para todos los países de lengua
Española en EDICIONES CRISTIANDAD S.A.
Madrid 2019

www.edicionescristiandad.es
Info@edicionescristiandad.es

ISBN: 978-84-7057-661-4
Depósito legal: M-36725-2019

Printed in Spain

*La virtud
que lleva por nombre humildad
está enraizada en el fondo de la deidad.*

ECKHART

ÍNDICE

PREFACIO	11
I	19
II	71
III	155

PREFACIO

La humildad de Dios es un pequeño libro riguroso y sencillo a la vez que no deja de ser reeditado. Publicado en 1975, obtuvo el Gran Premio Católico de literatura y recibió rápidamente una acogida entusiasta. «Brecha» o «audacia» teológica, dijeron de él, en aquel momento, los mejores comentaristas¹. Hay que decir que su autor, François Varillon, tiene una talla humana y espiritual fuera de lo común. Siendo un joven jesuita, alertado por la tentación espiritual que representaba en Francia la colaboración con el nazismo en tiempos de la ocupación alemana, formó parte de quienes publicaron el primer cuaderno de *Témoignage chrétien*, «Francia, no pierdas tu alma», cuyo título manifiesta claramente la intención. Consiliario de la Acción Católica y conferenciante infatigable, da después de la guerra innumerables conferencias relacionadas con la espiritualidad ignaciana a públicos de toda clase. Generaciones de cristianos se formaron gracias a él. *La Humildad de Dios*, publicado cuando su irra-

¹ Estas dos expresiones son de Etienne Borne y de Jean François Six.

diación es importante, se presenta como la síntesis de su pensamiento.

Este sorprendente libro sigue siendo, todavía hoy, una guía segura. Equidistante del intelectualismo estéril o del fideísmo ciego, se ofrece como iniciación a una vida de fe que engloba todas las facultades del hombre: corazón y espíritu, sensibilidad y razón, fe y sentido crítico. ¿Cómo llega el autor a conciliar así todas estas dimensiones humanas cuando a menudo sentimos la tentación de oponerlas o considerarlas irreconciliables? ¿Cómo puede hacer honor a ellas? ¿En una palabra, cuál es su secreto? Veamos cómo nos lo confía el propio François Varillon: «Es difícil hablar seriamente de Dios. Sin embargo, hay que hacerlo. ¿No debo hablarme a mí mismo seriamente de Él? Toda palabra a Dios implica una palabra sobre Dios. (...) En cuanto sacerdote, no quiero dejar de decir a mis hermanos esta palabra a Dios y sobre Dios que está en la raíz de mi vida consagrada. (...) Si siento la tentación de no hablar más de Dios a los demás, es quizá porque ya no me hablo de Él a mí mismo. Es quizá también porque entre los otros y yo se interpone el lenguaje como pantalla. (...) ¿Qué amargura no saber hablar de Dios a los otros, cuando no deja uno de hablar de Él a uno mismo!»²

Así se unen en él vida espiritual personal y cura pastoral, búsqueda del lenguaje más adaptado, más contemporáneo, y vida de fe. Porque él está a la es-

² *Humilité de Dieu*, p. 13. *La humildad de Dios*, pp. 23-24.

cucha del mundo, porque intenta comprenderlo, porque lo toma en serio, porque siente con intensidad la misión de hacerle compartir su fe es por lo que él logra con gran virtuosidad hacer sencillo lo que parece complejo, dilucidar lo que parece ser un enigma. Es sin duda también lo que explica su extraordinaria erudición. Se comprende entonces por qué François Varillon no hace nunca trabajo de «vulgarizador». Lo cierto es que es indudablemente una palabra que le hubiera resultado horrorosa. Una vez más él toma al lector en serio y cimenta sus afirmaciones de fe con toda la cultura del hombre de letras, la ciencia del teólogo, el ardor del cristiano comprometido en los debates de su tiempo y la fe del místico. Pero la inmensa cultura de François Varillon no está reservada a una elite, está ante todo al servicio de todos. Por ello las innumerables citas —directas o alusivas— de este libro no son nunca engorrosas. Esta es, por el contrario, una de esas raras obras que, lejos de intimidar a su lector o aburrirlo, lo hace inteligente.

En realidad *La Humildad de Dios* es un libro de teólogo porque es ante todo un libro de pastor. Si hay una cierta «brecha» teológica en este libro, se debe a su intención pastoral. En él las dos dimensiones —pastoral y teológica— son indisociables y ese es el gran secreto de esta pequeña joya de la literatura espiritual.

Nos encontramos aquí con un rasgo de la vida de la Iglesia que hizo del Concilio Vaticano II —esencialmente pastoral— un acontecimiento de un increíble alcance doctrinal. Es el mismo movimiento

que se está dando hoy con el papa Francisco que sitúa en primer lugar el cuidado pastoral y la vida de las personas. El Sínodo de la Familia es un ejemplo destacable de ello. La exhortación *Amoris laetitia*, al reafirmar la doctrina remitiendo a las Iglesias a sus culturas y a los fieles a su discernimiento evangélico y a su conciencia iluminada más bien que al respeto formal de una regla externa, ha resuelto contradicciones aparentemente insolubles y ha hecho dar un paso de gigante a la penetración del Evangelio en el pueblo de Dios.

François Varillon extrae de esta fuente evangélica su inspiración y el dinamismo de su pensamiento. Busca, ante todo, hacer ver claramente a su lector el núcleo de la fe cristiana desembarazada de sus oros barrocos. Una fe que puede movilizar a toda la persona, hacerla crecer humana y espiritualmente, conducirla a un diálogo incesante con Dios, llevarla a comprometerse en el mundo, conducirla finalmente a la alegría. Es cierto que Dios es el Dios todopoderoso, omnisciente, eterno, transcendente del catecismo y de la Tradición, pero no es un Dios jupiterino, vengador o justiciero que usurpe nuestra libertad. Hoy diríamos que no es un moralista que nos dicta nuestra conducta. En Él no hay ninguna regla intangible sino un puro fuego de amor

Dios no es poderoso en el sentido en que nosotros lo entendemos, el del dominio (que deriva a menudo en despotismo). No, Dios es todopoderoso en la medida misma en que es totalmente debilidad, vulnerabilidad, paciencia y pasión. Tiene un respeto infinito por nuestra libertad porque todo

su ser se resume en su acto eterno de amor que se manifiesta en su encarnación, su condena y su muerte.

Para acercarse al misterio de este Dios todo amor, François Varillon ha elegido el término humildad. Es el que mejor traduce el anonadamiento de Aquel que viene a nosotros: «Dios revela lo que es a través de lo que hace (...). Al verlo lavar con humildad pies de hombres, “veo” pues, si dice verdad, a Dios mismo eterna y misteriosamente Siervo con humildad en lo más profundo de su Gloria (...). Lo que enuncio aquí tranquilamente es una paradoja tan fuerte que la razón vacila (...). Si a pesar de ello, abandonando provisionalmente los conceptos a su aparente oposición, optamos por referirnos, sin esperar más, a la experiencia totalmente simple que tenemos del amor, en cuanto cargada de pecado, un rayo de luz se filtra ya a través de la noche de las palabras. Presentimos que amar con orgullo no es verdaderamente amar. Si Dios es Amor, es humilde»³.

Podríamos objetar a este razonamiento la absoluta diferencia entre Dios y su criatura. Pero uno y otra están inexorablemente unidos por su origen y su destino: «No voy a ceder al miedo cerval del antropomorfismo, que alcanza hasta el paroxismo a muchos de mis contemporáneos, incluso cristianos. Puesto que esta rara palabra está de moda, me permito ser todavía más temerario: Dios se ha «an-

³ *Humilité de Dieu*, p. 59. *La humildad de Dios*, p. 71-72.

tropomorfizado» para que el hombre sea «teomorfizado». Lo que significa, en el lenguaje corriente, que Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios»⁴.

«Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios». Esta sentencia atribuida a san Ireneo vuelve como un leitmotiv bajo la pluma de François Varillon. No se trata de una figura de estilo. Es, por el contrario, el centro de su fe. Aún más, es el núcleo de los dogmas fundamentales de la Iglesia. Lo esencial de lo esencial, como dice en el umbral de su obra póstuma, colección de sus innumerables retiros, *Joié de croire, joié de vivre*⁵. Cuando habla de la Trinidad, explica: «Si la Iglesia llevó a cabo una lucha apasionada durante los primeros siglos de su historia para que la profundidad del misterio no fuese abolida en provecho de una racionalidad inmediata, es porque una rigurosa lógica (...) la conminaba a no separar en la unidad de su fe la triple creencia en la Trinidad, en la divinidad de Jesucristo, en la divinización de la humanidad»⁶. Y para que se comprenda bien que las tres afirmaciones están íntimamente unidas y que ponen en juego el sentido mismo de la vida cristiana, sigue diciendo, parafraseando a san Pablo: «Si Dios no es Trinidad, la Encarnación es un mito, y nuestra esperanza vana»⁷. Nuestra divinización es, por tanto, nues-

⁴ *Humilité de Dieu*, p. 46. *La humildad de Dios*, p. 58.

⁵ *Joié de Croire, joié de vivre*, p. 17.

⁶ *Humilité de Dieu*, p. 105. *La humildad de Dios*, p. 119-120.

⁷ *Ibid*, p. 105 (50), Cf 1 Co, 15, 13.

tra esperanza. En ella se resume lo que se llama, con una palabra un poco técnica y desusada, nuestra salvación.

Habiendo editado varios libros de François Varillon⁸, no me resisto, en el umbral de esta obra, a la idea de dar algunas orientaciones para su lectura. En primer lugar, el libro no se presenta como un tratado o un ensayo. No hay índice de materias, ni subtítulos. Compuesto de párrafos, a veces muy cortos, a veces muy largos, separados por una simple marca tipográfica, está hecho para la meditación y la navegación. Cincelado con cuidado, hay que contemplarlo como un diamante, desde sus diferentes caras, para hacerlo relucir. Leer y releer, pararse, retomar, volver atrás, pasar adelante, saltar, todo es bueno para saborear las fórmulas, el vigor del pensamiento y hacer de él su libro de su vida.

Jean-Pierre Rosa

⁸ *Un chrétien devant les grandes religions, Vivre le christianisme*, I, II, III, Bayard.